

Capítulo 4 — Sería más fácil salvar la escuela si fuera trabajador de la cafetería

- Capítulo 4 — Sería más fácil salvar la escuela si fuera trabajador de la cafetería

Capítulo 4 — Sería más fácil salvar la escuela si fuera trabajador de la cafetería

El rugido del motor ahogaba el resto del mundo. Cal consideró que era lo mejor, prefería no escuchar cómo su transporte se desintegraba a su alrededor. Mientras su arnés lo sacudía violentamente, deseó que Millie hubiera hecho aquel maldito aparato más cómodo. No servía de mucho quejarse demasiado; él era quien, en una muestra de ocio, había criticado la duración excesiva de los desplazamientos. Millie era lo suficientemente amable para tomar esa cosa a pecho... y completamente ignorar aspectos como la seguridad y la comodidad. Una persona racional tal vez concedería el beneficio de la duda y pensaría que las decisiones de diseño estaban relacionadas con el tiempo o el costo de producción. Pero, ¿qué podía hacer una mujer ciertamente loca? Su mente simplemente olvidaba esas consideraciones. Había una razón por la que sus inventos pasaban por revisiones exhaustivas antes de que el público tuviera contacto con ellos. El aire entró violentamente cuando uno de los paneles exteriores finalmente se desprendió, y él apretó el gatillo que había estado sosteniendo durante todo el vuelo. En respuesta, los demás paneles se expulsaron, lanzándolo fuera del cohete, misil, o sea, lo que fuera que esa abominación se llamara. Ahora, lanzado por los aires, soltó el arnés y adoptó una posición de arco. El viento rugía a su alrededor mientras el suelo se acercaba rápidamente. Cerrando los ojos, inhaló profundamente, saboreando la magia del Desierto. La bebió con avidez, sintiendo la oleada de euforia antes de enviarla al mismo lugar donde regeneraba su magia natural. La apartó para usarla después. Abrió los ojos, su escudo mágico le permitía ver sin dificultad. Delante de él se extendía una tierra llena de cicatrices: montañas destrozadas, lechos de ríos secos, y una tormenta de cristales que giraba sin parar. El Desierto no miente respecto a la lógica. Navegar por puntos de referencia ya no servía, así que optó por su método habitual: dirigir hacia donde la magia parecía más densa. Se colocó en posición de delta y manifestó una ráfaga de viento que lo impulsara hacia adelante. No era un vuelo, eso le parecía demasiado costoso. Dar caña con estilo era mucho más su estilo. Al acercarse a su destino, notó que el paisaje parecía remolcado por algún despertar. Bien. Aceleró en esa dirección. Nunca era demasiado pronto para comenzar a atender a los clientes.

"Demonios, eras una criatura realmente horrible, ¿verdad?" Le habló al beast muerto mientras rebuscaba en sus entrañas. Parecía un hijo maldito entre mantis y araña, una criatura cursed. Había hecho un servicio a la humanidad al eliminarla de este plano. Finalmente, encontró el núcleo; lo jaló con demasiada fuerza y terminó tropezando sobre el cadáver, cubriéndose aún más de mugre. Sus ropas estaban irremediablemente destruidas. Sin pensarlo mucho, pateó los restos del tamaño de un autobús y luego conjuró una pequeña cantidad de agua para refrescarse. No sirvió de mucho. Murmurando maldiciones, recuperó la cartera que, con buen juicio, había

apartado antes de empezar a prospectar. La verdad, no recordaba qué bestia era aquella. El Desierto no escaseaba en ellas, y aunque su presencia era la razón de su misión, prefería dejar la cartera primero para no preocuparse hasta poder devorar en un buffet infinito. Aunque, claro, no tenía intención de comerse esa cosa. Algunos animales mágicos podían considerarse delicadezas. Éste no lo sería. A lo lejos, escuchó el retumbar de pasos. Jamás terminaba esto. Cambió de dirección, aumentó con fuerza la potencia en sus piernas y partió a toda velocidad. Dejó aquella bestia y su cena gratis, salvo el postre que llevaba consigo. Mientras avanzaba, el núcleo del tamaño de una pelota de béisbol perdió su brillo, pasando de un esmeralda brillante a un verde pálido. Si alguien más lo hubiera visto... vaya, ¿quién iba a fingir que no? Tendrían MUCHAS preocupaciones. La principal sería alguien que drenara un núcleo de esa magnitud y calidad. No era una hazaña imposible; en realidad, era algo que ocurría cada dos meses o así. ¿Era idiota? A veces, sí. Pero en ese momento, él era lejos de serlo. Mientras la mayoría enloquecía al ingerir tanta magia ajena, él aprovechaba su mayor ventaja: el Vacío. Porque, en realidad, nunca lo había dejado del todo. Todavía podía sentir aquella conexión en el fondo de su mente, llamándolo. Era perturbador y, a la vez, reconfortante. Porque, por mucho que no quisiera volver a quedar atrapado allí, los beneficios que le brindaba le hacían descartar pensar en cortarla. No sabía qué ocurría cuando la gente moría, pero tenía claro qué pasaba cuando moría él: regresaba al Vacío con la capacidad de recorrer el mundo de los vivos otra vez. Herido. Aplastado. Quemado. Digestionado. La destrucción total de su cuerpo. Y, aún así, se recuperaba. Era casi invencible. Casi. Eso le costaba mucho, y la magia era la moneda universal. El Vacío siempre tenía hambre, y sospechaba que si alguna vez agotaba sus reservas, quedaría atrapado para siempre. Algo que no deseaba en absoluto; solo logró escapar la primera vez gracias a decisiones temerarias de otros. Decisiones que no se podían repetir fácilmente. Afortunadamente, no devoraba todo lo que le alimentaba automáticamente. Funcionaba más bien como un banco suizo: picoteando poco a poco, mientras le permitía 'lavar' la magia de influencias ajenas y retirarla cuando hacía falta. La creación de carne era un cargo extra. Para los de arriba, parecía tener reservas ilimitadas y un problema para morir. Pero no tenían idea de lo cerca que estaban de descubrir la verdad. De cómo había consumido una década entera en acumular magia. De lo desesperado que había llegado a estar al final. Eso reforzaba su decisión de no dejar que nadie descubriera su inclinación por los núcleos. Era mejor que creyeran que era un loco que soltaba su sed insaciable de sangre en hordas de bestias que enfrentarse a la verdad. Sintió que el poder se reducía a un goteo, hasta que todo, de repente, se desintegró y desapareció en su estela. Por asqueroso que fuera esa bestia, logró acabar con ella en un rápido tiempo. Rapidez, que significaba menos tiempo para que usara su magia en tonterías como intentar herirlo. Tras varias horas de viaje, el paisaje seguía siendo mayormente desconocido, resultado de tener una cantidad infinita de bestias deambulando. Si fijaba bien la vista, en pequeños detalles se vislumbraban signos de huellas humanas: una piedra demasiado perfecta, fragmentos con colores de lo que pudo haber sido un mural, una moneda desgastada. Ecos de una antigua civilización que alguna vez ejerció dominio sobre todo el continente. No sabía qué le llamaba más la atención, pero, de repente, supo que debía cambiar ligeramente de rumbo. Y, en efecto, unos instantes después, sus instintos resultaron correctos. Lo primero que percibió fue el olor, o la ausencia del mismo. Luego, notó cómo los sonidos del día empezaban a apagarse. La vegetación pasó de estar en plena vida a una descomposición putrefacta. Finalmente, la colina que conocía tan bien apareció ante él. En sus viajes por el Desierto, esa era su constante. Ascendió, y lo que desde lejos parecía follaje, se reveló como los esqueletos desechados de criaturas demasiado imprudentes para interpretar las señales. Algunas las había añadido él mismo; otras, no. Al llegar a la cima, se detuvo frente a su destino: una cabaña de una sola planta. Un diseño sencillo que parecía imponente, debido a los troncos negros que la componían, capaces de

absorber toda la luz. Lo que había sido su primer hogar en ese mundo. O, más bien, una prisión. Ahora, un refugio. Las escaleras de la porche no chirriaron al subirlas; al llegar a la puerta, dudó un momento antes de abrirla de golpe. Estaba sin cerrar. Quien hubiera llegado hasta allí, no sería detenido por una cerradura. "Hola", llamó. "¿Hay alguien en casa?" La única respuesta fue el silencio. Con cautela, cruzó el umbral y encontró un pequeño vestíbulo con un perchero y dos puertas. Asomó la cabeza por la derecha; la cocina estaba tal cual la había dejado. Bien. Luego, atravesó la puerta de la izquierda y entró en la sala. Decorada con pieles, obras de arte y objetos de aspecto costoso, todos dispersos sin preocupación. La chimenea lucía apagada del lado opuesto, frente a un sofá vacío. Eso era una buena señal. Se desplazó, ignorando las latas y platos vacíos sobre la mesa de café; trataría con eso más tarde. Pasando por el comedor, halló que todo estaba intacto, como siempre. Los pocos libros en la mesa, los únicos en la casa, estaban abiertos en las mismas páginas en que los había dejado. Podía memorizarlos, tanto los había leído. Finalmente, llegó a las habitaciones, y tras inspeccionarlas, soltó un suspiro de alivio. No quería lidiar con Ella hoy; ni mañana. Regresó a la suya. Al mover la puerta, escuchó el tintineo de unas campanas en el pomo, que le despertaron viejos sentimientos de frustración. Se rió para sí mismo; había recorrido un largo camino desde entonces. Tras dejar sus pertenencias, fue directo a la ducha. Tener agua caliente en este lugar era casi un milagro, y agradecía esa pequeña abundancia. Pensó en revisar la central eléctrica más tarde; los núcleos podrían necesitar reemplazo, y prefería no descubrirlo con la sensación de cubitos de hielo bajándole por la espalda. Con un jabón especial, logró eliminar todo lo que se había quedado pegado en él durante el día. La ropa sería quemada, no valía la pena perder tiempo en limpiar cuando sería más fácil comprar otras nuevas. Después de ducharse, se cambió con un conjunto nuevo del armario. Recordando su última adquisición, sacó la túnica de la cartera y la colgó del travesaño de la cama. Asintió, satisfecho. Su habitación era sencilla: una cama doble, mesita, tocador, escritorio pequeño y silla de madera, la única mueblería. A diferencia del salón, sus trofeos estaban cuidadosamente exhibidos: colmillos, cuernos, un par de guantes, bastones y algunos cuchillos. La verdad, en la sede suya en la base eran más grandes y elegantes, pero también más impersonales, como si viviera en un hotel. Este era su hogar. Y no le hacía daño saber que aquí podía tener cierta privacidad. Se recostó en la cama, cerrando los ojos. Tal vez, la nostalgia le hacía pensar, pero este lugar le parecía acogedor, a pesar de todos los recuerdos dolorosos: los malos, los peores, que había acumulado aquí. Había muerto más de una vez. Muchas veces. Resultaba que albergar a un niño en un sitio con tanta magia concentrada no era buena idea. Hasta la mayoría de los adultos se convulsionarían en el suelo. La razón por la que los humanos evitaban el Desierto no solo era por las bestias descontroladas, sino también por eso. Aunque, claro, eso no ayudaba a que las propiedades valieran más. Los primeros años habían sido un caos constante, luchando por reducir la magia al Vacío con la esperanza de regresar antes de que esa misma magia lo matara. Irónicamente, si hubiera sido en un lugar menos denso, tal vez lo habría logrado definitivamente. Ahora, era solo una corriente constante de dinero gratis; una ventaja del Desierto para quienes tuviesen suficiente fuerza para aprovecharla. Diez días. Eso es todo lo que le quedaba hasta la cita. Menos si contaba el tiempo que requeriría llegar a un punto donde la magia no interfiriera con la señal, y esperar que algún piloto tuviera valor para recogerlo. Los habitantes del lugar no seguían los lineamientos de la aviación. Calculó tres días para volver, mucho más que para venir, pero cuando no se podía confiar en los cohetes, así era la vida. Quedaban siete días para cazar todo lo posible. Preferiría descansar, pero, dado que no sabía cuánto duraría esa misión, era mejor ser cauteloso y acumular recursos. Comenzaría por aquel refugio de bestias. Si seguía allí, traería lo que pareciera valioso y dejaría algunos restos. Hablando de eso, no había pasado mucho desde su última comida, pero esas peleas le habían abierto el apetito. Miró la maceta vacía en el alféizar.

Parecía triste en ese estado. Tendría que dejarla, sin esperanza de que algo creciera en tan poco tiempo; ya tenía especias secas guardadas. Se levantó de la cama y se encaminó a la cocina. La última vez que estuvo aquí, había sido un poco indulgente y acabó haciendo su propio helado. No había muchas opciones si quería disfrutarlo. Aquí no entregaban a domicilio, así que tendría que cargar con todo él mismo —una estrategia poco práctica—, por lo que no le quedó más remedio que comprar los víveres habituales. Abrió el congelador y tomó el recipiente con expectación. Estaba ligero. Lo abrió; estaba vacío. Esa maldita trola.